

IV.

(CONCLUYE EL SITIO DE QUERETARO.—PRISION DE MAXIMILIANO.)

Nuevas salidas proyectadas por el general Miramón.—Ataque á la hacienda de Callejas.—Muere el coronel Rodríguez.—Sus funerales.—Batalla en los cerros de San Gregorio y San Pablo.—El general R. Méndez continúa disgustado.—Los sitiados esperan aún la llegada de refuerzos.—Disposiciones para minorar el hambre entre ellos.—Enterza que muestra Maximiliano.—Rehusa hablar de capitulación.—Distribuye recompensas.—El general T. Mejía propone armar al pueblo.—Se conviene en la necesidad de abandonar á Querétaro.—Obtiene el coronel López que el jefe Yablousky se encargue de la línea de la Cruz.—Dictamen de tres generales y el jefe de Estado Mayor respecto al abandono de la plaza.—Inculpan al general Márquez por el desastroso desenlace.—Queda designada la noche del 14 de Mayo para efectuar la salida.—Se aplaza para el siguiente día.—El coronel López se encarga de una misión delicada.—Cómo la cumplió.—La plaza de Querétaro en la noche del 14.—Condecora Maximiliano al coronel Miguel López.—Inexplicables vacilaciones.—López introduce á los republicanos á la plaza.—Sorprenden los puntos que defendían los imperiales.—Sucesos en el interior del ex-convento de la Cruz.—Se retira Maximiliano al cerro de las Campanas.—Refúgianse allí los restos de los imperiales.—Resalta la traición de López.—Maximiliano propone capitular.—Tiene una entrevista con el general Escobedo.—De qué manera refirió los sucesos el coronel Miguel López.—La fatalidad persigue al general Miramón.—Fusilamiento del general Ramón Méndez.—Pruébase la traición de López y de Yablousky.—Testimonios del coronel Manuel Guzmán y del teniente Hans.—Piden los Estados Unidos el tratamiento humanitario para Maximiliano.—Contestación del gobierno mexicano.—Revélase en ella la próxima suerte de Maximiliano y de sus principales generales.

Al comenzar el mes de Mayo (1867), la situación de los sitiados en Querétaro era peor que antes del ataque dado al Cimatario. Para remediarla proyectó Miramón una nueva salida también sobre el Cimatario, esperando que el éxito sobrepasaría al obtenido en la primera. Antes de efectuarla se quiso que fuera tomada la hacienda de Callejas, y la garita de México con los edificios que la rodeaban, sobre cuyos lugares ya se había efectuado un reconocimiento el 14 de Abril. Tomadas esas posiciones se ensanchaba la línea de los sitiados, se alejaba á los enemigos y se conseguía el acceso de las tropas imperialistas á las planicies situadas adelante de esos edificios, cuya importancia habían comprendido los republicanos fortificándolos lo mejor que les fué posible.

Para batir en brecha la hacienda de Callejas y proteger en caso necesario una retirada, levantó la tercera compañía de ingenieros delante de San Francisco algunas obras y colocó una batería. En la mañana del 1.º de Mayo una columna de infantería se reunió en ese lugar al mando del coronel Rodríguez, jefe de la guardia municipal de México. Componían esa fuerza los cazadores franco-mexicanos, el batallón de guardia municipal de México, el tercero de línea y un

destacamento de ingenieros. Antes de partir se presentaron allí Maximiliano y los generales Miramón y Ramírez Arellano; aquel llamó al coronel Rodríguez y le dijo:

—“Rodríguez, la importancia del ataque que vais á mandar es capital para la plaza. No dudo que cumplais vuestro deber como siempre. Os prometo una recompensa digna de vos.

—Señor, contestó inclinándose el coronel, hoy Vuestra Majestad me nombrará general, ó quedará en el campo.”

Pronto organizó Rodríguez su columna, en tanto que el general Arellano batía en brecha la hacienda de Callejas; edificio de sólida construcción. El jefe de la columna examinó con cuidado las dificultades que tenía que vencer para lograr el éxito; los que estaban á su lado observaron que palideció y que su mirada se descomponía. Hizo llamar al teniente coronel Pradillo, ayudante del Emperador y le entregó una cruz de Guadalupe, una carta para su prometida y otra para la anciana parienta que le había creado, y le rogó que todo eso lo hiciera llegar á su destino. En seguida, volviendo de pronto á su estado normal, se puso á la cabeza de la corta columna, montado en su caballo, lo cual era exponerse á las certeras punterías de los republicanos que defendían el sitio objetivo del ataque; se le hizo observar esta circunstancia, y contestó que no pudiendo andar bien, prefería ir á caballo y también porque de esta manera su vista abrazaba mejor el campo de la acción.

Callaron los cañones de los imperialistas que batían la hacienda, para dejar libre el paso á la columna del coronel Rodríguez, quien se posesionó de ella sin disparar un tiro. No se detuvo en ese lugar, aunque según las órdenes que llevaba pudo hacerlo por algún tiempo; pero entusiasmado con el feliz primer paso, quiso posesionarse también de la garita y continuó su marcha animando á sus tropas con la voz y los ademanes. Dirigióse á los cazadores en francés y á los mexicanos diciéndoles: ¡Adelante, muchachos! y todos avanzaban bajo el fuego y la lluvia de plomo; cerca de la garita fueron recibidos con descargas terribles, salidas de las troneras que los republicanos habían abierto en las paredes. En esos momentos cayó el coronel Rodríguez, atravesándole una bala el corazón y también caía el caballo que montaba. Entonces se produjo entre los asaltantes un movimiento de vacilación que pronto se convirtió en precipitado retroceso, quedando abandonados algunos cazadores y guardias municipales que ya habían escalado una pared de la garita. (1)

En esos tan críticos momentos para los imperiales, llegaban las reservas de

(1) Los funerales del que fué coronel Rodríguez, estuvieron conmovedores; al bajar el cadáver á la fosa del eterno descanso, Maximiliano no pudo contener las lágrimas; todos los presentes manifestaron inmensa pesadumbre, que también apareció en el bronceado rostro de algunos soldados que formaban parte del resto de la guardia municipal de México. Al concluir la ceremonia se retiraron bajo el dominio de extrañas sensaciones, considerando irreparable la pérdida del coronel Rodríguez, modelo de denuedo y valentía.

los republicanos y se cambiaron los papeles convirtiéndose los agredidos en agresores. Con dificultad pudieron algunos imperialistas recoger el cadáver del coronel Rodríguez y conducirlo á las líneas de ellos, donde era ya completa la demoralización. Se posesionaron los republicanos nuevamente de la hacienda de Callejas y avanzaron para San Francisquito, en cuya torre estaban Maximiliano y Miramón presenciando los movimientos de las fuerzas; una bala de cañón, enviada del Cimatario, cayó á un lado de ellos y los cubrió de polvo, tocándoles algunas piedras. Entonces se dió el orden de retirada, precisamente cuando los republicanos, cuyos tiradores se hallaban muy bien colocados, habían llegado cerca de los cañones que defendían la línea de los sitiados, al grado de sucumbir los artilleros uno tras otro; se logró salvar la plaza otra vez por los esfuerzos del general Ramírez Arellano á quien parecían respetar las balas durante el combate; pero al regresar á la Cruz acompañando al Emperador y al general Miramón, sufrió una grave contusión producida por una bala de fusil perdida.

No intentaron los republicanos el asalto á la plaza, según se suponían los sitiados; se retiraron y cesó el fuego de una y otra parte, volviendo todas las fuerzas á sus líneas. Creció el desaliento en los sitiados, principalmente entre los cazadores cuyas pérdidas eran muy numerosas, los oficiales manifestaban en alta voz el sentimiento que les causaba la falta de sus camaradas y la carencia de sueldo; iban todos los días á la matanza y ya el batallón había perdido las tres cuartas partes de su efectivo; esas acusaciones y otras semejantes formaban el tema de las ardientes quejas proferidas y que llegaron al despecho, al decir que ya no se batirían; en apoyo de sus manifestaciones mostraban entre otros al comandante de aquella fuerza, el Mayor Pitner, oficial austriaco que también estaba herido.

El infatigable general Miramón propuso una nueva salida sobre el Cerro de San Gregorio, consistiendo el plan en provocar un falso movimiento sobre el enemigo; el General Castillo aparentaría atacar la hacienda de Callejas, haciendo creer á los republicanos que se insistía en tomarla, así como la garita de México; era seguro que Escobedo enviaría á paso de carga sus reservas sobre dichos puntos y entonces Miramón saldría por la otra extremidad de la ciudad, al Noreste, con una columna de infantería y caería sobre los cerros de San Gregorio y San Pablo, á la manera que lo hizo en el Cimatario el 27 de Abril; fijó para este ataque el 3 de Mayo. La celeridad de los movimientos impediría á Escobedo, sorprendido, llamar las reservas, y Miramón, ya establecido sólidamente en las alturas, presentaría una segunda y decisiva batalla; si la suerte le era propicia, tendrían los republicanos que levantar el sitio.

Todas las disposiciones fueron tomadas, y en la noche del 2 al 3 de Mayo se ultimó lo necesario para el buen éxito de la combinación, en la que se basaban grandes esperanzas. (1)

(1) Componían la columna de salida los batallones del Emperador, Iturbide, Celaya, guardia municipal y 3.º de línea, debiendo apoyarlos las baterías de artillería en la línea del Norte.

En sus puestos los batallones antes de que amaneciera, Miramón impaciente esperaba la falsa salida de Castillo sobre Callejas, base del plan; aunque no la ejecutó y pasaron los momentos precisos, Miramón intentó el golpe á pesar de ello; ataca vigorosamente á los republicanos que retroceden hasta la segunda línea, estando á punto de rendirse uno de sus batallones; pero llegan las reservas republicanas y abren mortífero fuego sobre los imperialistas; caen heridos de muerte el coronel Zozaya, el teniente coronel Ceballos y el de igual grado Sosa que apenas llevaba tres días de haber reemplazado al coronel Rodríguez en el mando de la guardia municipal; muere el comandante Franco y quedan fuera de combate porción de oficiales bajo el certero fuego de las reservas de Escobedo que, contra lo esperado y convenido, no fueron detenidas por falta de acción del General Castillo. Para los imperiales, que tenían espantosos vacíos en sus filas, fué necesaria la retirada, resolviéndose á ella Miramón, poseído de ira; son abandonados los cañones tomados al enemigo, cuyas pérdidas también fueron de consideración, quedando herido en una pierna el General Treviño que mandaba á los republicanos.

En la noche del día 5 aún emprendieron los sitiadores un nuevo ataque, siendo rechazados con pérdidas considerables. Se verificaron otras funciones de armas dentro de los setenta y un días del asedio que sufrió la plaza. Acudieron los jefes sitiados á falsos recursos, entre los cuales se anunció la llegada, el 3 de Mayo, de un supuesto correo con pliegos que aparecían ser de Márquez y Vidaurri, en los que se participaba que estaban en marcha para auxiliar á Querétaro.

Maximiliano escribía constantemente al Lugarteniente del Imperio, excitándole para que remitiera á Querétaro los recursos que tan urgentemente se necesitaban; le hacía ver que después de sesenta y cuatro días de riguroso sitio se hacía imposible la defensa por un período más largo, y que ya era muy penosa la situación que guardaban el pueblo y el ejército, haciendo imposible la permanencia de los imperiales; le pedía noticias de los movimientos que ejecutara y le hacía único responsable de las consecuencias provenientes por la tardanza en enviar recursos.

Después del ataque al cerro de San Gregorio, mostrábase muy disgustado el general Méndez, que calificaba de superfluos todos aquellos combates, en los que se perdía mucha gente sin obtener la más mínima ventaja. Creía como otros muchos, que lo único que quedaba que hacer era romper las líneas del enemigo y salirse; llegó á tal grado su disgusto, que dijo hallarse enfermo, sin estarlo, y se trasladó á una casa de la calle de la Independencia, esperando á la par que otros generales, que el Emperador se desprendiera de la influencia de Miramón; pero este general era ya para Maximiliano la última esperanza de salvación, y solamente de él esperaba encontrar medios para aniquilar á los sitiadores.

Mientras alimentaban sus esperanzas ambos, se deslizó el tiempo y de día en día vino á ser insostenible la defensa de Querétaro; la ciudad volvió á ser cañoneada el 4 de Mayo de una manera terrible; el día 5 fué general el fuego de